

CARLOS COMENDADOR (ed.)

MARTIROLOGIO

**HERMANDAD DE SACERDOTES OPERARIOS
DIOCESANOS DEL CORAZÓN DE JESÚS**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2023

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2023
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2178-6
Depósito legal: S. 366-2023
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	9
--------------------	---

SEMBLANZAS DE LOS MÁRTIRES DE LA HERMANDAD

Pedro Ruiz de los Paños y Ángel	17
José Sala Picó	23
Miguel Amaro Ramírez	27
Juan Vallés Anguera	33
Guillermo Plaza Hernández	39
Antonio Perulles Estivill	43
Mateo Despons Tena	49
José María Peris Polo	53
Amadeo Monge Altés	59
Martín Martínez Pascual	63
Cristóbal Baqués Almirall	69
Agustín Sabater Paulo	75
José Tarín Curto	79
Aquilino Pastor Cambero	83
Tomás Cubells Miguel	87
José Prats Sanjuán	93
Lorenzo Insa Celma	99
Ángel Alonso Escribano	105
Manuel Galcerá Videllet	111
José Pascual Carda Saporta	117
José Piquer Arnau	123
José Pla Arasa	127

Francisco Cástor Sojo López	133
Isidoro Bover Oliver	139
Sebastián Segarra Barberá	145
Recaredo Centelles Abad	149
Joaquín Jovaní Marín	155
Vicente Jovaní Ávila	161
José Manuel Claramonte Agut	167
Millán Garde Serrano	173

CONSIDERACIONES SOBRE LOS BEATOS MÁRTIRES DE LA HERMANDAD

Breve historia de las causas de canonización de los treinta mártires de la Hermandad	181
Un grupo martirial muy particular	185
Los mártires de la Hermandad y los Seminarios donde trabajaron	203
Meditación sobre la oración a los mártires de la Hermandad	219

PRESENTACIÓN

FLORENCIO ABAJO NÚÑEZ
Director general de la Hermandad
de Sacerdotes Operarios Diocesanos

«Si me sucediera algo, os doy el adiós hasta el cielo, adonde espero que Jesús me lleve con Él. Yo no tengo más deseo ni más esperanza que Jesús, de manera que allí os espero. De todos me acuerdo mucho, mucho; y como no puedo escribir a todos, valga esta carta para la Hermandad, para las carmelitas de ambas casas y de otras, para las discípulas... A todos en Jesús haré sentir su divina misericordia. Que todos rueguen por mí. No sé si a vosotros os ha pasado algo. En el cielo lo veré. Adiós. Os abraza y quiere mucho vuestro hermano, Pedro» (Carta escrita por Pedro Ruiz de los Paños un día antes de su martirio).

Fue en el paseo del Tránsito de Toledo donde, aquel 23 de julio de 1936, murieron fusilados Pedro Ruiz de los Paños y José Sala Picó. Eran los primeros de un total de treinta sacerdotes de la Hermandad que sufrieron el martirio entre 1936 y 1938, en el trágico contexto de la persecución religiosa acontecida en España.

Durante aquellos años fueron asesinados más de seis mil sacerdotes por odio a la fe. Conmueve la especial crueldad que se refleja en algunos de estos martirios. Han transcurrido casi noventa años desde aquella etapa especialmente oscura de la historia. Hoy sigue produciendo una profunda tristeza que, en una sociedad civilizada y moderna, se haya llevado a cabo la persecución sistemática hasta la muerte de tantos seres humanos por seguir a Jesucristo.

En todo caso, sobre dichos sentimientos de tristeza prevalece el testimonio de estos sacerdotes. Quien se acerca a los relatos de sus martirios no puede sino quedar sobrecogido ante el misterio de una fe tan auténtica que manifiesta, en la lógica del seguimiento del Crucificado, la coherencia de entregar la propia vida. Su martirio constituye un estímulo para nuestra experiencia como discípulos, reconociendo en sus vidas –y en sus muertes– un extraordinario don de Dios para la Iglesia y para la Hermandad.

Nada más finalizar la guerra civil, los operarios celebraron su octava Asamblea general; acababan de perder a la cuarta parte de sus compañeros, entre ellos al Director general, y se hacía necesario reflexionar sobre los acontecimientos vividos y las consecuencias producidas en su fraternidad sacerdotal. Era preciso seguir adelante, incorporando a la historia de la Hermandad, así como a la vida y al ministerio de cada operario, el sacrificio realizado por los mártires, hermanos sacerdotes con los que hasta hacía poco tiempo se había compartido fe, trabajo e ilusión.

Varias de las decisiones de aquella Asamblea se orientaron a honrar como convenía a los operarios martirizados: construir un mausoleo en el Templo de Reparación de Tortosa para depositar los restos mortales que pudieran recuperarse; colocar una lápida o una sencilla cruz en el sitio donde descansaran en aquel momento; recomendar a los operarios, aspirantes y amigos que se encomendaran a los mártires... También se promovió la designación de algunos operarios encargados de investigar lo relacionado con cada uno de los martirios y de «recoger datos sobre sus vidas, principalmente como operarios, y publicar cuanto antes un libro, con ilustraciones, en el que se contenga la biografía de cada uno de ellos» (AG 8, conclusión 3).

Nadie dudaba de que habían entregado la vida por su fe y su sacerdocio. Superada la conmoción primera por la muerte de tantos compañeros, entre quienes los conocieron se asentó la convicción de que eran verdaderos mártires. Recabar la información más precisa y exhaustiva posible sobre la vida y el mar-

tirio de cada uno de ellos se consideró un acto de justicia tras el sacrificio realizado, pero también se intentaban cumplir dos objetivos: traer a primer plano la riqueza que entrañaba para la Hermandad y para cada operario el testimonio de los compañeros mártires e iniciar los procesos con vistas a su beatificación.

En 1945 apareció una primera monografía, con el título *Martirologio de la Hermandad de sacerdotes operarios*, escrita por Antonio Torres Sánchez. La obra recoge una sucinta biografía de cada uno de los treinta mártires y el relato de su martirio. Desde la dedicatoria que aparece en las primeras páginas, don Antonio interpreta como un privilegio para la Hermandad el martirio de una treintena de sus miembros. Primero, en coherencia con el espíritu reparador que el fundador, don Manuel Domingo y Sol, había imprimido a su obra: hasta entonces, los operarios habían vivido este ser «reparadores del Corazón de Jesús» orando, alabando, sufriendo... «Faltábale [a la Hermandad] para su cabal grandeza, para que se realizase totalmente el altísimo ideal de su vocación, y hasta para lograr su más esclarecido timbre de honor como asociación..., reparar muriendo». En segundo lugar, porque «una asociación, no ya puramente sacerdotal, sino además consagrada de lleno al perfeccionamiento del clero», era natural y obligado que derramara con abundancia su sangre sacerdotal.

Dos años después de la publicación de dicho *Martirologio*, el Postulador general de la Hermandad, partiendo de testimonios diversos, elaboró una amplia relación con el fin de presentar la Causa de los mártires operarios ante la Santa Sede. Eran los primeros pasos orientados a que la Iglesia reconociera como beatos a los mártires operarios.

Tomaban forma así ambos objetivos: primero, ahondar y difundir la vida de los mártires mediante las publicaciones que irían viendo la luz, y avanzar en el proceso de beatificación de todos ellos.

Entre las publicaciones, encontramos escritos de muy distinto tipo, en atención a la ocasión de cada una de ellas y a sus destinatarios. Además de las ya reseñadas, en 1990 apareció

Testigos de su sacerdocio, de Juan de Andrés Hernansanz. En sus páginas, el autor ofrece una breve biografía y relata el martirio de cada uno de los que formaban el primero de los grupos de los operarios que habrían de ser beatificados. Poco tiempo después, José María Javierre Ortas publicaba *Fusilaron a un cura insigne*, una extensa biografía de Pedro Ruiz de los Paños. De manera más sucinta, Lope Rubio Parrado, Juan de Andrés Hernansanz y Francisco Martín Hernández realizaron en *Sacerdotes operarios diocesanos* una amplia presentación de la situación política en España durante aquellos años, el martirio de cada uno de los operarios y la tarea de reconstrucción de la Hermandad tras la finalización de la guerra. A estos libros hay que añadir otra serie de publicaciones más divulgativas que han recogido el testimonio de este grupo de sacerdotes mártires, sin olvidar la obra del Siervo de Dios Juan Sánchez Hernández, *Apóstol y mártir*, sobre la vida del beato Pedro Ruiz de los Paños.

Por lo que respecta a los procesos de beatificación, el empeño de los sucesivos Postuladores generales de la Hermandad recogió sus primeros frutos el 1 de octubre de 1995, cuando el papa Juan Pablo II beatificó al primer grupo de nueve operarios, encabezados por Pedro Ruiz de los Paños. Hubo que esperar casi veinte años para poder celebrar la beatificación de un segundo grupo compuesto por quince operarios, a cuya cabeza se encontraba Joaquín Jovaní, el 13 de octubre de 2013. En Almería, el 25 de marzo de 2017 fueron beatificados Ángel Alonso Escribano y Agustín Sabater Paulo. Finalmente, los cuatro últimos operarios, Francisco Cástor Sojo López, Millán Garde Serrano, Manuel Galcerá Videllet y Aquilino Pastor Ramos, fueron declarados beatos el día 30 de octubre de 2021 en Tortosa.

Cuando ya hemos celebrado la beatificación de todos los mártires, tiene pleno sentido recoger, en una publicación como esta, algunos retazos de sus vidas y el ejemplar testimonio de sus muertes. En efecto, la seriedad de los procesos de beatificación ha favorecido el descubrimiento de nuevas informacio-

nes, la corrección de datos imprecisos o confusos, así como adquirir una mejor visión de conjunto. El Postulador general de la Hermandad es el autor de estas páginas. Su empeño en los últimos años le ha permitido conocer de primera mano y en profundidad todo lo relacionado con el martirio de estos sacerdotes. El cuerpo del libro presenta una biografía de cada uno con tres apartados: breve semblanza, anotaciones sobre su carácter y virtudes y, por último, su martirio. Los capítulos finales del libro nos acercan a una visión de conjunto a través de la historia del proceso, diversos elementos que configuran la identidad del grupo, algunas anotaciones sobre los seminarios en los que trabajaron y una meditación sobre la oración a los mártires de la Hermandad.

Es muy pertinente esta aproximación final a los mártires en su conjunto. Si bien estos treinta sacerdotes murieron en diferentes lugares y en circunstancias diversas, y fueron beatificados en distintas celebraciones a lo largo de veintiséis años, constituyen un solo grupo martirial: son los mártires de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos. Quisieron ser operarios para lograr más fácilmente su santificación y para dedicar su ministerio a las tareas propias de la Hermandad. En el momento de recibir el martirio, todos –salvo Pedro Ruiz de los Paños, el Director general– eran formadores en los seminarios de distintas diócesis españolas: Tortosa, Almería, Baeza, Zaragoza, Toledo, Barcelona, Ciudad Real... Algunos como rectores, otros como encargados de la dirección espiritual o de la administración, la mayoría también como profesores. Es cierto que cada uno de ellos entregó su vida en unas circunstancias específicas, pero también que todos compartían el mismo deseo de santidad y el mismo empeño en formar santos sacerdotes para servir al pueblo de Dios.

Los treinta mártires de la Hermandad ya han sido beatificados. Damos gracias a Dios por ello. Ciertamente, es una bendición para cuantos formamos parte de esta Asociación de sacerdotes tener entre nuestros compañeros a un grupo tan numeroso de beatos mártires. Y es, al mismo tiempo, una llama-

da de atención: los que nos han precedido nos muestran que el camino para vivir con pleno sentido el sacerdocio –al igual que cualquier otra vocación suscitada por el Espíritu Santo en la Iglesia– es el de la entrega total de la vida por aquel que nos ha dado su Vida.

Los mártires nos inspiran a todos deseos de santidad y nos reclaman su misma fidelidad y entrega acompañando cada día al Señor Jesús en el camino hacia la cruz.